**Transfiguración del Señor  
Ciclo A**

6 de agosto de 2020

2Pe 1, 16-19

Sal 96  
Mt 17,1-9  
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Siempre digo lo mismo…: que es una pena que la liturgia nos presente el episodio de la Transfiguración del Señor separado, aislado, de los hechos que suceden inmediatamente antes; porque mirándolo así, aislado, no se puede comprender el significado último que Mateo quiere que entendamos. Nos falta como la mitad para descubrir la clave de interpretación.

La liturgia omite tres palabras clave que están al inicio de este episodio. En realidad este episodio comienza de la siguiente manera: «***Seis días después*** *tomó Jesús a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y los lleva aparte a un monte alto…»*. Esas tres palabras «***seis días después***» invitan al lector a preguntarse qué pasó seis días antes; y lo que sucedió antes es el del anuncio de la pasión y la condición de tomar la cruz para seguir a Jesús. Mateo nos quiere hacer ver que no se pueden separar los aspectos luminosos de la existencia de los momentos dolorosos y oscuros; no se pueden separar el dolor del gozo, la muerte de la resurrección: la cruz de la gloria. La contigüidad de las dos escenas parece comunicarnos la paradoja pascual: el inundado de luz que hoy recordamos es precisamente aquel que atravesó la noche de la muerte y el que accedió a la ganancia por el extraño camino de la pérdida. La narración de estos dos episodios unidos nos pone en alerta sobre el único camino cristiano: para llegar a la trasfiguración hay que abrazar la cruz, hay que asumir la condición; porque nos pudiera pasar como a Pedro, en el monte, empeñándose en acaparar los momentos de luminosidad que proporciona Jesús («*hagamos tres tiendas*»), haciendo de él un objeto de posesión. Algo muy parecido a lo que nosotros vivimos en nuestro camino de seguimiento de Jesús: nos queremos quedar con la ganancia, pero rechazamos la pérdida. Y Mateo nos dice que ambas son realidades inseparables.

Si se han dado cuenta, en relato tiene como tres partes[[1]](#footnote-1). En un **primer momento** predomina lo visual y los discípulos contemplan a un Jesús envuelto en luz y siendo punto de encuentro de dos personajes emblemáticos de la historia de Israel. Los acontecimientos son contados desde el punto de vista de los discípulos y su relación con los otros tres personajes es de distancia y no participación: la escena se desarrolla en pleno cielo y ellos aparecen fuera de ese ámbito y sin palabra. Si Pedro pide hacer una tienda para Jesús, Moisés y Elías, es porque la situación no es «habitable» para ellos que se encuentran fuera de ella.

En un **segundo momento** la situación se invierte: desaparece todo lo visual a favor de lo auditivo y ya no hay más punto de referencia que la voz del Padre que revela su relación con su Hijo en términos de complacencia y amor. La escena ya no acontece ante ellos, ahora la nube luminosa los envuelve y cubre como una tienda. Los discípulos están ya dentro de la escena, inmersos en el claroscuro de la nube. Los que al inicio eran sólo espectadores de la luz de la gloria divina, ya no ven sino que oyen, la voz se dirige a ellos y les invade un temor que les hace caer rostro en tierra. El imperativo que reciben no es ver una imagen fija o medible, ***sino escuchar una voz*** que no se sabe de antemano lo que va a decir. ***Tendrán que fiarse en obediencia, día a día, sin saber dónde les llevará ni cómo la encontrarán***.

En un **tercer momento**, ellos se quedan solo con Jesús mudos, en silencio…ahora es el momento de escuchar a Jesús, el comienzo del enfrentamiento con la vida.

Jesús se lleva a parte a sus tres amigos más íntimos, Pedro y los dos hermanos, Santiago y Juan. Jesús sabe que ellos arrastran al grupo. Mostrando su amor por ellos, quiere convencerlos, mediante una experiencia extraordinaria, que sufrir la muerte por procurar a los hombres vida y plenitud no significa el fracaso del ser humano y de su proyecto vital, sino que, por el contrario, asegura el éxito definitivo de la existencia. Para ello tendrán que escucharlo como la voz del monte decía.

Lo mismo que los discípulos, también nosotros necesitamos hacer la experiencia de la proximidad del Dios consolador. Para el seguidor de Jesús el creer en él y creerle a él han de derivar de una experiencia personal de él. El relato de la transfiguración nos invita a evocar momentos de gracia en los que hemos vivido una experiencia de luz y nuestra vida apareció como transfigurada: el amor se convirtió en certidumbre, la fraternidad se hizo palpable y toda la realidad nos habló un lenguaje nuevo de esperanza y de sentido. Y si no hemos tenido esos momentos luminosos en nuestra vida, es necesario desearlos, pedirlos con humildad a Dios.

Esas experiencias de tú a tú con Dios son fogonazos momentáneos que nos revelan el sentido del camino de fe emprendido. Evocarlos y reconocerlos como una fuerza recibida para seguir caminando, nos ayuda a continuar la búsqueda paciente de Dios y de su Reino en medio de la oscuridad y la incertidumbre. Existe mucha gente para quien la realidad está muda, gélida y muerta, y el cristiano está llamado a hacer posible que esas realidades puedan revelar y transfigurar la huella del Dios que las habita.

1. Cfr. Dolores Aleixandre, rscj. *Contar a Jesús. Lectura orante de 24 textos del Evangelio*. Ed. CCS. Madrid 2004 [↑](#footnote-ref-1)